

Galería de maestros desaparecidos

Dr. Miguel Otero y Arce

Dr. Alberto Alcocer Andalón*

El 15 de septiembre de 1915, el Gobernador y Comandante Militar del Estado, general Gabriel Gavira, en un acto de cabal justicia, dio el nombre del Dr. Miguel Otero y Arce al Hospital Civil de San Luis Potosí, al trasladarlo del antiguo edificio contiguo a San José al local que hasta esa fecha ocupaba el Hospital San Carlos Borromeo en la 1a., desde entonces, Avenida Juárez. Más tarde, en junio de 1926, con motivo de la celebración del primer Centenario del Instituto Científico y Literario, también se le dio el nombre de Otero a una de sus aulas, la de bacteriología.

Con estos dos actos se rindió honor a la memoria de un gran hombre, que sin ser potosino, aquí en nuestra ciudad desarrolló lo mejor de su obra y formó su familia; a un hombre que consagró su vida y casi todo su capital a la investigación científica y a hacer el bien a sus semejantes; a un hombre autor de más de 50 artículos médicos y, en suma, un innovador de la medicina de su tiempo.

Más tarde, al desaparecer ambos inmuebles, el hospital y el aula, en beneficio del progreso material, con ellos también desapareció el nombre de Otero y lo único que lo recuerda hoy día es un excelente cuadro de Margarito Vela que se conserva en el edificio de la delegación de la Cruz Roja en San Luis Potosí.

Hijo del notable jurista jalisciense Mariano Otero y de Andrea Arce, nació Miguel en la ciudad de México el 21 de abril de 1850; en esa capital realizó todos sus estudios y obtuvo el título de médico el 25 de julio de 1880. Pronto ingresó al cuerpo médico militar, en el cual recibió el grado de

Teniente Coronel. Con ese grado fue comisionado a la guarnición de San Luis Potosí con el encargo de hacer un hospital militar fijo, por ese motivo se trasladó a esta ciudad en 1882; ya aquí sufrió la pérdida de su primera esposa, Virginia Jiménez de Otero, la que falleció el 12 de noviembre, junto con su primera hija, al dar a luz.

A pesar de lo anterior, Otero continuó trabajando con entusiasmo y adaptó, en una casa particular situada al poniente del Santuario de Guadalupe, un primitivo y temporal hospital mientras proyectaba y comenzaba la construcción del definitivo. En 1883 ya figuraba en el cuerpo docente de la Escuela de Medicina local como catedrático de Fisiología en el 2o. año y de Higiene en el 4o.; más tarde se encargaría de otras numerosas cátedras, entre ellas la de la clínica y terapéutica infantil, para ser considerado por esto como el fundador de la Pediatría potosina.

Un año después, a mediados de 1884, se inició la construcción del Hospital Militar según proyecto concebido por Otero y realizado por el Ing. Gustavo Alemán. Este nosocomio se inauguró el 10 de noviembre de 1891 y su edificio, que no su función, aún subsiste.

El 3 de junio de 1885 Miguel Otero con trajo matrimonio con la potosina María de Jesús Gama, hija del Dr. Ignacio Gama, formando así su familia: frutos de este matrimonio fueron doce hijos.

Por coincidencia, ese mismo año de 1885 Luis Pasteur logró elaborar la vacuna antirrábica, y aplicarla con éxito, por primera vez en el mundo, a un niño de la Alsacia. Al conocerse en México estos hechos don Eduardo Liceaga fue a Paris y trajo a nuestro país la citada vacuna según se lee en El Estandarte del 8 de marzo de 1888. Miguel

* Publicado en el Boletín Informativo de la Escuela de Medicina. Universidad Autónoma de S.L.P. Vol. 24, marzo-abril 1981 No. 2 pág. 43-50.

Otero hizo más: este mismo año fundó en su hospital militar un "laboratorio pasteuriano" y en noviembre logró elaborar la vacuna con sus propios medios e instrumental fabricado en San Luis. Tuvo la satisfacción de comprobar que su vacuna era idéntica a la elaborada por su maestro Liceaga y el 27 de octubre de 1889 se dio la noticia en El Estandarte, de que la aplicó por primera vez en San Luis Potosí al niño Refugio Galván, que días antes había sido mordido por un perro rabioso

Si bien no fue el primero en introducir la vacuna antirrábica a México, a Otero le cabe el mérito de haber sido el primero en elaborarla con medios propios, el primero en aplicarla en el interior del país y el de haber simplificado la técnica de su preparación. Estos trabajos sobre la rabia los envió a Pasteur, quien supo apreciarlos bien, y en correspondencia le envió su fotografía dedicada.

Por su fecunda labor Otero es admitido en la Academia Nacional de Medicina en 1891. Sin embargo, un año más tarde, aprovechando una ausencia vacacional, "con su puesto en el ejército, le es arrancado su laboratorio pasteuriano" que pasó a depender de la junta local de Salubridad. Por este motivo, el 1o. de enero de 1893 renuncia a su cargo de Director del Hospital Militar.

Lejos de desanimarse por lo anterior, el 21 de abril de ese año inaugura la Casa de Salud para Niños, proyectada desde 1890 para atención de la niñez enferma. Con esto se convierte en el fundador del primer Hospital Infantil que hubo en la República y uno de los primeros en Hispanoamérica. Más tarde habría de construir dentro de este edificio su segundo "laboratorio pasteuriano" para continuar sus investigaciones sobre la rabia. Tanto una obra como la otra, las realizó principalmente de su peculio y recabando aportaciones particulares.

Siguió en la actividad académica y asistió a los 1o. y 2o. Congresos Médicos Nacionales, el último de éstos celebrando en San Luis en 1894 y del cual Otero fue vice-presi-

dente. Más tarde asiste al 2o. Congreso Médico Panamericano y es miembro de la Sociedad Médico Quirúrgica "Pedro Escobedo" de México. En todos estos eventos destaca por el número y calidad de trabajos presentados; puede decirse que no existió campo de la medicina de esa época del cual Otero no se ocupara. Sus trabajos son publicados en las memorias de los Congresos y en las revistas médicas de las Sociedades a las que pertenecía, pero Otero no se conformaba con esto y las editaba en folletos para una mayor divulgación; además, publicaba algunos de ellos en el periódico El Estandarte aparecer su Geografía Médica de la Ciudad y se ocupaba de medicina social al escribir diversos artículos, que son ampliados al de San Luis Potosí.

Mientras tanto, Otero no descuida el ejercicio de su profesión, ni la docencia ni la investigación científica; también hace obras filantrópicas ayudando a numerosas personas de escasos recursos. Preocupado por elevar el nivel académico local publica durante 1896 y 1897 los Anales del Hospital Infantil de San Luis Potosí, probablemente la primera revista especializada en pediatría que existió en Hispanoamérica.

En su práctica profesional es también un destacado cirujano; divulga y populariza diversas técnicas quirúrgicas mexicanas, modifica otras y lo mismo realiza operaciones neurológicas y ortopédicas, que de neurocirugía. Años más tarde declararíase orgullosamente haber realizado 20 trepanaciones craneanas con 19 éxitos y haber resecado el esternón para extirpar un enorme goma del mediastino. Sin embargo, su más importante contribución a la cirugía fue el haber sido el primero en el país en ligar las carótidas externa e interna y de los primeros en ligar la humeral y la axilar, además de demostrar la utilidad de reseca el saco aneurismático.

Con gran optimismo abrió al público un consultorio céntrico, dependiente de su Hospital Infantil, en 1899; dicho consultorio estaba situado en el número 24 de la calle

del Apartado (hoy Madero). En este local, la mayor parte del mobiliario médico, aparatos e instrumental eran producidos en San Luis por Jorge Unna. Sin embargo, el haber destinado su capital en sus investigaciones, sostenimiento de las Instituciones que dirigía, ayudas, ediciones, etc., hizo que la situación del Hospital Infantil se agravara y por ello en 1900 lo transformó en Asilo de Niños y Ancianos, pidiendo de nueva cuenta ayuda al pueblo potosino.

En 1906 la Academia Nacional de Medicina abrió un concurso para conocer el germen, modo de transmisión y tratamiento del tifo. Otero puso manos a la obra y tras un formidable estudio, notable por su método científico, llegó a las siguientes conclusiones: 1o. Que el tifo no se trasmite por el aire, por el agua ni por secreciones humanas; que probablemente sea transmitido por un insecto parásito. En este último punto experimentó con pulgas, chinches, moscas y piojos. Desgraciadamente no pudo demostrar el papel de este último. 2. Que el germen del tifo se encuentra en la sangre. Este hecho lo demostró irrecusablemente al producir el tifo en una anciana cancerosa a la que inyectó sangre de un tifoso. Con esto Otero fue el primero en el mundo en demostrar este hecho científicamente. 3. Que el germen del tifo no era un bacilo o un coco, sino un tipo de hematozoario, el cual creyó ver en diversos frotis de sangre y que bautizó con el nombre de *Hemameba mexicana petequialis*.

Trató de elaborar suero antitifoso en asnos y declaró que, aunque había tenido un éxito con la inyección de su suero por vía raquídea, no podría hablarse de triunfo plenamente conseguido y que este aspecto continuaba en estudio.

La comisión dictaminadora nombrada por la Academia declaró el concurso desierto. Otero no se conformó con el fallo y publicó una refutación al dictamen de la Comisión; además, con sacrificios (ya había vendido hasta su carruaje), viajó a México para defender sus puntos de vista, lo que hizo con gran lógica y vehemencia. Ante la argumentación de Otero la Comisión lo atacó

en el hallazgo del germen y en la experimentación en humanos; además siguió firme en su decisión negativa.

Estos trabajos, que le costaron tantos disgustos y decepciones, también acabaron con el poco capital que le quedaba, razón por la que tuvo que vender en agosto de 1910 su Hospital Infantil. Con ello, siempre firme en sus ideas, se trasladó a la ciudad de México, lugar en donde estableció su consultorio anunciándose por primera vez en el país, como cirujano pediátrico. Entró a trabajar al Hospital Juárez y ahí se dedicó de lleno a la bacteriología y prosiguió sus estudios sobre el tifo. Esto último no le impidió dedicarse a escribir y a estudiar otros temas como, por ejemplo, la disentería amibiana.

En 1911 se abrió un nuevo certamen sobre el tifo, al cual Otero volvió a presentarse; para ese tiempo, en abril de 1910 en México, Howard Taylor Ricketts había descrito el microbio del tifo y Charles Nicolle, en Argelia, demostrado que el piojo blanco era el vector. No obstante esto, la nueva Comisión, en 1913, dos años después del concurso, dictaminó que ninguno de los trabajos presentados contribuía al conocimiento de la enfermedad.

Como en la ocasión anterior, Otero, ya en el seno de la Academia, volvió a refutar el fallo. Ya antes había producido un notable escrito en el cual explicaba las razones y la licitud y moralidad de la experimentación humana en ciertas condiciones. No regateaba méritos a Ricketts o a Nicolle ni a ningún otro; tampoco exigía el primer premio ni recompensa en metálico: únicamente pedía justicia y reclamaba la prioridad para las Escuelas de Medicina mexicanas y para la Academia, de la cual era uno de sus miembros, de haber demostrado científicamente que el germen del tifo se encuentra en la sangre del paciente. En cuanto a su *Hemameba petequialis*, convenía en que se pudo tratar bien de artefactos técnicos, bien de glóbulos rojos inmaduros; reclamaba a la Comisión el no haber hecho ensayos terapéuticos con su método de suero terapia. Nosotros hemos de aceptar en la actualidad

Páginas históricas (concluye)

que Otero tenía razón en lo fundamental y que de haber sido ayudado y comprendido y no atacado probablemente se hubiera adelantado a Ricketts y a Nicolle. Sin embargo, los académicos de la Comisión no pensaron así y todavía en 1922, uno de sus miembros no creía que el piojo blanco fuera trasmisor del tifo.

A pesar de todo, Miguel Otero fue nombrado a fines de 1914 Jefe de la Campaña Nacional contra el Tifo; ese mismo año publicó un excelente trabajo sobre la lepra e impugnó la teoría hereditaria que privaba en esa época. Además precisó que el mayor número de casos del mal de San Lázaro, en nuestro país, ocurren con mayor frecuencia en Jalisco y Guanajuato.

Por fin, en la ciudad de México, en 1915, el 8 de diciembre, Miguel Otero, al igual que Ricketts, fallece de tifo, contagiado al cumplir con su deber, como si esta plaga tomara venganza de los hombres que ayudaron a vencerla. Recibió sepultura en el Panteón Francés y en su tumba se colocó una sencilla lápida con la siguiente inscripción;

“Amó al prójimo más que a sí mismo”.

Aquí en San Luis Potosí, en mayo de 1918 el Gobierno del Estado expidió un Decreto por el cual se concedió una pensión de cincuenta pesos mensuales a sus 5 hijos menores; esta pensión se pagó por corto tiempo. En abril de 1944 la revista Salud, órgano oficial de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, dedicó un número al Tifo y en él rindió homenaje a Ricketts poniendo su fotografía en la portada y dedicando una página a su biografía; también reconoció el mérito de Otero al dedicarle otra página con una pequeña biografía.

Hoy el microbio del tifo es conocido como *Rickettsia prowazocki* (especie intermedia entre los virus y las bacterias) en honor de quienes indiscutiblemente lo identificaron; sin embargo el nombre de Miguel Otero está prácticamente olvidado. Creo que nuestra Escuela de Medicina y la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, en este sentido, tienen contraído un compromiso con el hombre que tanto brillo y prestigio le dió: Miguel Otero y Arce. □